Confesiones de un niño campesino

Yo nací en el campo, no en un pueblo, en un molino donde ya no se molía. Molino de aceitunas.

Nací en el año 1951, allí transcurrieron mis 12 primeros años, hasta 1963.

El segundo de 5 hermanos de las cuales 3 vivimos hoy (uno nació muerto, si es que puede decirse así, y otra murió al poco).

En el molino no había luz eléctrica, el agua se sacaba de un pozo. El fuego se hacía con leña.

Las necesidades se hacían en el campo abierto y de papel higiénico servían las piedras.

Mi padre era un hombre tosco, serio y silencioso al que los tres temíamos aunque casi nunca nos pegaba.

Mi madre, una mujer que siempre se quejaba de la vida, un poco más cariñosa que mi padre, a la que temíamos menos a pesar de que era la que nos zurraba.

Ellos eran los caseros del molino, molino de Canasteros, por cierto.

Nosotros éramos pobres y lo sabíamos, pobres e ignorantes.

Nuestros saberes servían para trabajar mucho y vivir mal, así que no los poníamos en valor. Ni nosotros ni nadie. Las pocas veces que íbamos al pueblo éramos considerados los catetos.

Por no saber, no sabíamos ni hablar, En el recuerdo me quedan algunas palabras de aquellos tiempos, y a pesar de que algunas de ellas, años después, las encontré en El Quijote, siguen siendo, para mi, sinónimo de ignorantes pobres campesinos.

JÁQUIMA

ARGOFIFA

TAREROS

ARPERCHIN

SAJURDA

JOCINO

RECOBERO

GAÑAN

CHISLANCO

ENDENANTES

ATAQUESI y ATAQUENO

No pasábamos hambre, comíamos fundamentalmente lo que daba la tierra, que era poco y sobre todo, siempre lo mismo, más allá del paisaje comestible y bebible no veíamos ninguna belleza, solo esfuerzo.

En esos 12 años guardé pavos, cogí aceitunas y algodón y sobre todo fui porquero, guardaba cochinos, la vida transcurría entre cabras, gallinas, campos de olivares, quehaceres varios, y cochinos.

Cuando alguno nos hacíamos daño (casi todos los días) las otras hermanas decíamos para consolarlo, en lugar de “pobrecita”, “animalito”.

A los animales no los queríamos, pero eran importantes, una vez un lechón entró en el molino, propiamente dicho, y cayó en una gran tinaja empotrada en el suelo y llena de

alpechín y agua sucia y podrida. Mi madre me cogió de las piernas, me metió de cabeza en la tinaja, y yo entre llantos cogí al pequeño cerdo.

Ah, y la burra, la burra merece casi un capítulo aparte. Varias veces estuvo a punto de acabar conmigo, me proporcionó muchos disgustos y dolores y alguna satisfacción.

Recuerdo que con mi pantalón corto me deslizaba por sus traseros hasta el suelo, como si fuera un tobogán, sintiendo una especie de cosquillas muy placenteras, mucho después supe que esto se llama algo así como el reflejo del orgasmo.

Me tiró al suelo muchas veces, lo hacía con malicia e inteligencia, fue quizás la relación amor odio más intensa que he tenido con un animal, casi igualados de luces. Yo también intente matarla varias veces, sin conseguirlo.

Lo que posiblemente fue mi primer contacto con la música. Venía a arar un gañán con su mula y mientras clavaba en la tierra el arado, dejando tras de sí, en los surcos, bandadas de pájaros en busca de gusanitos, que quedan a la intemperie por un momento, y ese olor de tierra húmeda, cantaba...ole, ole ole.. Digo esto por hacer notar que algo, al menos para mí, tan importante como la música, igual te ponías en 6 años sin saber que existía.

Después llegamos a tener una radio, aquello era el no va más, qué cosa mágica. Solo la ponía en marcha mi padre, en un acto solemne, un ratito por la noche y ya está, no se podía gastar mucho en pilas y un artefacto así no era para que lo tocara cualquiera.

Un año, en vez del gañán vino un hombre con un tractor para arar la tierra, aquello también fue grande, era el principio del progreso y está ligado de alguna manera a los sueños.

Una vez encontré en la tierra un tornillo, lo miré largo rato... pensaba, ¡Que inteligente hay que ser para hacer algo así! Yo nunca seré capaz de hacer esto. Después, cuando emigramos a Barcelona, me hice tornero, hice cantidad de tornillos como aquel y más grandes. Pero nunca noté la satisfacción de un sueño cumplido. La vida puede ser muy irónica.

Fui al colegio como un mes, al pueblo que está como a 4 kilómetros, que en aquellos tiempos, eran muchos kilómetros. Mi padre me enseñaba lo que sabía él, las cuatro reglas, para que no te engañen en las cuentas. La tabla de multiplicar la aprendí, memorizándola a voz en grito, encima de algún olivo, mientras los cochinos osaban y se me perdían.

También aprendí las más elementales formas de cortesía: si te ofrecían algo tenías que decir que no querías, que muchas gracias, aunque estuvieras deseándolo; si te preguntaban cómo te llamas, había que decir: José Rovira Fernández, para servir a Dios y a usted.

Los días se parecían entre si, casi nunca ocurría nada extraordinario, mi padre serio, con las manos cortadas del trabajo, mi madre enfadada. Yo me pasaba desde el amanecer hasta la noche, con los cochinos por las hazas, solo. Tengo 66 años y creo que puedo decir que es, hasta la fecha, la peor época de mi vida, cuando me pregunto ¿Por qué? Creo que no era ni por el trabajo, ni por la escasez, lo peor era la soledad ¿la vida será solo esto? me preguntaba.

Algunos momentos divertidos eran las horas de las comidas, con mis hermanas, nos reíamos de cualquier cosa, hasta que mi padre tosía. Dormir en la era, despertar con el olor de hierba mojada.

Yo había decidido por mi cuenta que cuando tuviera 17 años me iría de aquel sitio. Nunca he sabido porque tenía que ser a los 17. Pero en el 63 llegamos a Barcelona los 5 juntos.

Tengo que rebuscar mucho si quiero encontrar algo parecido a la añoranza, al principio, cuando veía algo que me llamaba la atención sobre manera, pensaba en cuando volviera y lo contara, no sé a quién, cuando caía en la cuenta de que no iba a volver, la cosa perdía el interés.

Con todo, he de reconocer que ahora, volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que ese tiempo, de alguna manera, ayuda a conformar un carácter, una visión, una manera de estar en el mundo, con la que no estoy del todo en desacuerdo. Creo que para llegar a ser seres humanos es necesario, no suficiente, pero necesario, un cierto contacto con lo material, con la tierra.

Ahora se, también, que a pesar de las toneladas de olvido que eché y echaron sobre esa época, lo de campesino era para toda la vida.

Pepe Rovira

Presentación de *Vidas a la intemperie, nostalgias y prejuicios sobre el campesinado*
Espai Contrabandos, 28 de noviembre 2017
Barcelona